

Influencia de Pio del Rio Hortega  
en la escuela histológica argentina

MOISES POLAK

El 1º de junio de 1945, a las tres y cuarto de la mañana, quedó trunca en tierra argentina, la vida del sabio español, Don Pío del Río Hortega. Los laboratorios histológicos honestos de todo el mundo detuvieron por un momento atónitos su labor, suspendieron los microscopios el vaivén de sus cuchillas y en los microscopios la diminuta lágrima del investigador acompañó los oculares.

Quisiera conocer, señores, todos los secretos de la lengua cervantina, para que mis torpes palabras alcancen a expresar el emocionado dolor que durante toda la vida tendremos con la pérdida de Río Hortega, sabio grande, camarada incomparable, maestro y hombre de ciencia auténtico.

Hombre de ciencia auténtico, de los nuestros, de los que mantuvieron la bandera de la democracia, del antinazismo, del republicanismo hasta el último soplo vital. De los nuestros como Langevin, de los nuestros como Rolland, de los nuestros como Bouin, como Haldane, como Prenant, como Peri, como Einstein y como los miles y miles que repartidos por el mundo tuvieron fe y lucharon, y lucharon como pudieron contra las fuerzas asesinas de la barbarie y de la reacción. De los que no permanecieron "au dessus de la mêlée", de los que oponemos a Claude cómplice y a Knut Hamsum traidor.

Y en la aurora del triunfo que él alcanzó a ver, en este reverdecer de demócratas, que hasta ayer se inclinaban reverentes y aplaudían al Atila redivivo, que ignoraban a Guernica destruida, justificaban a Lidice arrasada y aplaudían el asesinato de cinco millones de seres humanos basados en motivos raciales, la llama humanista que altiva y serenamente alimentó del Río Hortega, sólo tienen derecho a mantenerla encendida los que no abandonaron la fe en la razón, la verdad, la justicia y el derecho. Sólo tienen autoridad para defenderla los que en nuestro país apostrofaron desde antes del primer día la marca amenazante del fasci-nazismo destructor, los que desde la cátedra y la tribuna apoyaron la guerra santa y liberadora, los que con el corazón dolorido clamaron por Polonia invadida, Francia avasallada e Inglaterra bombardeada, los que gritaron de rabia y lloraron impotentes cuando la nieve enrojecida cubría para la eternidad los cuerpos de los niños y mujeres de aquellos soldados que retrocediendo hasta el Volga supieron cruzar el Elba y terminar para siempre con la bestia nazi.

Tenía Don Pío, que así quería le llamaran, un acabado concepto de la responsabilidad del hombre de ciencia y de la posición que debe adoptar como integrante de la sociedad. Su vida de laboratorio iniciada desde muy joven no le impidió adquirir una gran cultura general y las conversaciones que en las peñas del café y en los intervalos del trabajo científico llevaba a cabo con sus amigos y discípulos eran enseñanzas magníficas, enseñanzas sociológicas, artísticas, de amor a la patria.

Por sus profundas convicciones democráticas firmó el manifiesto de adhesión a la República Española de los intelectuales y hombres de ciencia españoles, y en plena tragedia hispana tuvo que buscar en otras tierras la libertad que su patria a la que tanto amara le negaba. Obligado por el gobierno republicano, que cuidaba a sus hombres de ciencia como a sus joyas artísticas, con todo el cariño y la abnegación del que defiende una causa justa, la más justa de las causas, que es la libertad y la dignidad humanas, pasó a Francia donde trabajó en el Servicio de Neurocirugía de Clovis Vincent y de allí, invitado por el gobierno inglés dirigió el laboratorio de neurohistopatología del Servicio de Neurocirugía a cargo de Hugh Cairns. En ese laboratorio tuvo la inmensa suerte de

pasar con el sabio una breve temporada, oír sus enseñanzas, asistir a su nombramiento como doctor honoris causa de la Universidad de Oxford y escuchar su anhelo de volver a la República Argentina donde ya había dictado una serie de clases y conferencias en 1925. "Cuando en 1925 vine a Buenos Aires por vez primera, dijo en el discurso pronunciado en 1942 en que agradecía su designación como Profesor honorario de la Universidad de La Plata, invitado por la Institución Cultural Española, tuve ocasión de apreciar hasta qué punto rayaba vuestro benevolencia. Era yo entonces más tímido que ahora y lo soy mucho, y sólo acerté a desarrollar mi tarea de una manera mediocre. Mis conferencias, mal leídas, fueron un verdadero desastre. Únicamente en los trabajos de laboratorio me desenvolví con soltura ante la fervorosa atención de un selecto grupo de jóvenes estudiosos que hoy en plena madurez científica son ya ilustres profesores. No obstante mi mediocridad fui objeto de honores y homenajes de imborrable recuerdo. Tan imborrable que cuando, en mis andanzas por el mundo acudió a mi mente la idea de un lugar de sosiego donde el ambiente fuera propicio a mis trabajos pensé en la Argentina. Pero recibía invitaciones de diversos países: Canadá, Méjico, Venezuela, Inglaterra, Cuba y no de la Argentina. Y esto me causaba pena, como a un enamorado que cree no tener correspondencia".

Durante esos años pasaba el sabio alternativamente por fases de ilusión y de enervamiento, sufriendo grandes desengaños. Si bien la Universidad de Oxford puso a su disposición todo lo necesario para la prosecución de su tarea, con abundantes recursos materiales, una magnífica remuneración y colmándole de honores, le faltaba el calor latino, el espíritu y la lengua de España que sólo en ella y en los países de su estirpe, decía Don Pío, pueden encontrarse.

En 1940 la Institución Cultural Española que tanto ha realizado y sigue realizando en favor del acercamiento cultural hispano-argentino, le contrató para dictar en Buenos Aires un curso teórico práctico de histología e histopatología.

Llegó a Buenos Aires con su fiel amigo desde hacía más de 35 años. Nicolás del Moral, tú que me escuchas, tú que tuviste la dicha inmensa de compartir durante toda su vida científica los sinsabores de algún fracaso y las alegrías de sus triunfos, tú que le acompañaste en las horas más amargas del exilio y que recibiste entre tus brazos su último aliento, recibe este homenaje que es el homenaje a la más pura amistad, digna de ser escrita sólo por la inigualable pluma de Romain Rolland.

No hubo en el puerto a su llegada ningún representante oficial. Ni un profesor titular o suplente acudió a recibirle. Era republicano, era rojo. Más tarde, al abrigo de las paredes, los tímidos le saludaron. Más tarde aun su compañía no fué comprometedora. Los tiempos cambiaban, soplaban otros vientos.

El Instituto de Anatomía Patológica a cargo del Prof. Elizalde cedió su local y en él inició del Río Hortega su curso al que concurrieron por selección 16 médicos ávidos de escuchar la palabra del insigne histólogo. Durante tres meses, todas las tardes mostró sus maravillosas preparaciones microscópicas y microfotografías, enseñó las técnicas del carbonato argéntico, disertó ante pequeños grupos sobre diferentes problemas neurohistológicos y despertó en muchos de los concurrentes el ansia de saber y de seguir por la ruta que él marcaba.

Terminado el contrato con la Institución Cultural Española, algunos creyeron que de inmediato su sabiduría sería disputada por los laboratorios y cátedras de nuestra Facultad. Triste ilusión; los gobernantes de la casa desconocían oficialmente la presencia del maestro. Por aquel entonces se hallaba vacante la Dirección del Instituto de Histología y Embriología e inmediatamente algunos médicos jó-

venes y estudiantes que querían a la Facultad, gestionaron la designación de Río Hortega para ese cargo. Recuerdo que en una asamblea estudiantil en la que se discutía el nombramiento del futuro profesor de Histología, un grupo de jóvenes pertenecientes al sector más progresista defendió calurosamente al maestro exilado y pese a algunos exabruptos chauvinistas y declaraciones anti-extranjeras, se resolvió por aclamación que el delegado estudiantil planteara en el C. D. de la Facultad la incorporación de Río Hortega. Así se hizo, el consejo tomó nota, se resolvió que pasara a estudio y la Facultad podrá enorgullecerse de haberse opuesto una vez más a las corrientes renovadoras que quieren una enseñanza menos reaccionaria y escolástica, más racional y verdadera.

"Hay gente — ha dicho Sánchez Banus — que no alcanza a comprender que la Universidad no es un caserón de cuatro paredes que tiene por fin aprisionar toda la vida pujante y vigorosa de la cultura de un pueblo, sino que es una organización y que allí donde hay uno que enseña y otro que quiere aprender, allí está la Universidad y hasta que este concepto liberal y humano no se incorpore al pensamiento de nuestro tiempo habremos de luchar para imponerlo por encima de menudencias y ridículoses, de pergaminos, sillones y nombramientos."

Lo que nuestra Facultad por intermedio de sus hombres dirigentes no alcanzó a comprender, fué entendido perfectamente por la Institución Cultural Española, que presidida por el espíritu amplio y generoso de Don Rafael Vehils, puso a disposición de Río Hortega el local, y el dinero necesario para montar un laboratorio, que le permitiera una vida decorosa y que le sirviera para proseguir sus estudios y para capacitar a un grupo de estudiosos argentinos en las disciplinas histológicas e histopatológicas.

En este laboratorio, inaugurado sencillamente, como sencilla fué siempre la vida de quien lo iba a dirigir, sin ruidosa propaganda periodística, veíamos diariamente cómo trabajaba y hacía trabajar un sabio. Cómo desde las 8 de la mañana hasta las 8 de la noche, con la interrupción necesaria para el almuerzo y la corta peña reunida en el café o en su casa, realizaba el maestro sus coloraciones, cómo las observaba minuciosamente, induciendo de las formas celulares, conceptos citofisiológicos, y cómo dibujaba, con fidelidad los campos microscópicos más demostrativos, efectuaba las microfotografías y redactaba los escritos científicos, una, dos y tres veces, corregía las pruebas de imprenta y controlaba la impresión de los Archivos de Histología Normal y Patológica, cuyos dos volúmenes constituyen sin lugar a duda la más importante publicación histológica moderna.

Bajo su mirada triste y cariñosa, severa a veces pero sincera siempre, realizaban sus trabajos de investigación los discípulos que por la mañana y la tarde concurrían al laboratorio. Salpicada por alguna anécdota de España, amenizada por los recuerdos de su patria, iba Don Pio orientando las investigaciones, corrigiendo los errores, planteando nuevas hipótesis, induciendo posibilidades, ayudando a unos, dictando a otros y dando el toque final previo a la publicación del trabajo. El olor de creosota y de la piridina le recordaban su querido laboratorio de la Residencia de Estudiantes de Madrid, de cuya disposición tantas veces nos hablara con amor, pensando siempre en volver a él para seguir enseñando en España con la generosidad de toda su vida.

Sentía placer comunicándonos lo que sabía, jamás escondió, avaro, algún detalle técnico y su mayor alegría la demostraba cuando tenía que contestar a las preguntas que al principio temerosos no nos animábamos a formular. Era un maestro en el sentido más amplio de la palabra, pues todos los que trabajaron a su lado vivieron algo de su vida, todos gustaron la miel de sus horas felices y el dolor de las amargas. Fue un maestro porque tenía ideas propias que comunicar, y no lecciones para repartir y porque acercándose al discípulo le daba el derecho a opinar a veces en forma diferente a la suya, tratando siempre de llegar a la verdad científica y respetarla. Qué diferencia la que existía entre Don Pío maestro y estos pseudo-maestros o profesores con doble ss como él les llamaba, que incapaces por su mediocridad para formar discípulos, apenas si llegan a tener alumnos a los que exigen una obsecuencia rayana con el servilismo. Quién en nuestro ambiente no conoce a muchos Directores de Institutos y de Laboratorios, que faltos de capacidad creadora, repiten en sus clases la opinión de mengano y la de zutano con una aparatosidad que marcha paralela con su vacuidad.

Sólo los maestros tienen discípulos que son los encargados de perpetuar su obra, los otros tienen subalternos y pobre del que equivocado llega a uno de estos centros "científicos" y no tiene la fuerza de voluntad suficiente para cortar el cordón umbilical que le tiene aprisionado. Conozco algunos jóvenes inteligentes que faltos de orientación no pueden producir en la medida de sus aptitudes y ven truncadas sus aspiraciones investigadoras.

La Facultad de Medicina de La Plata siempre se caracterizó por su espíritu amplio y generoso y por la mentalidad liberal y democrática de la mayoría de sus profesores y estudiantes. Pobremamente instalada y deficientemente equipada palpita en el alma de sus componentes un ansia inmensa de progresar científicamente, adelantar técnicamente y dar a sus cátedras todavía insuficientemente retribuidas, un sentido investigador.

La presencia de Río Hortega en Buenos Aires movilizó inmediatamente a sus estudiantes y profesores, quienes con el apoyo del Profesor O. Adorni entonces decano y del Presidente de la Universidad Dr. Alfredo Palacios le nombraron Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de La Plata y Profesor Extraordinario de Histología y Embriología de la Facultad de Medicina de aquella ciudad.

Ante los estudiantes y profesores que apretujados ocupaban el aula Pasteur de la Facultad de Medicina de La Plata y los corredores adyacentes, Don Pío nervioso y emocionado, con palabras nacidas de las profundidades de su alma noble y generosa y en medio de un silencio conmovedor, agradeció la designación. La larga ovación que siguió a sus palabras y el cariño y amante admiración con que le acompañaron durante el tiempo que pudo dictar su clase semanal sobre diversos temas de neuro-histología, no fue olvidada por Río Hortega jamás y pocos días antes de su muerte todavía me recordaba el trabajo científico con que quería colaborar en los Anales de la Facultad de Medicina de La Plata, lamentando que su inmovilidad no le permitiese realizar con esa finalidad el estudio sobre la relación de la microglia con los histiocitos.

Además de las clases que dictara para los estudiantes y que contrariamente a lo que se suele decir, eran modelo de exposición ordenada, clara y didáctica dirigía en la Cátedra de Histología y Embriología un curso de seminario para médicos a quienes les enseñaba sus técnicas y orientaba en sus trabajos. Muchas veces le acompañé los sábados a La Plata, viví su alegría y entendí perfectamente la franca camaradería rápidamente establecida entre los participantes del curso, en el que el Profesor de la materia, Dr. Biraben, y el de Anatomía, Dr. Lambrec, se sentían orgullosos y no disminuían al concurrir.

La enfermedad, fatalmente, no le permitió ver los resultados de sus enseñanzas, pero la cátedra de Histología de La Plata es uno de los rincones en los que la llama encendida por Hortega da los resplandores más intensos y duraderos. Así lo quieren los asistentes al curso y así lo quieren los estudiantes que pronuncian con admiración su nombre y que por boca de uno de sus representantes despidieron sus restos con sentidas y emocionadas frases en el acto del sepelio.

En todos los países fueron los estudiantes los que más le quisieron y en España, donde nunca aceptó ninguna de las diferentes cátedras que se le ofrecieron, fué a él a quien recurrieron en 1931 para que en acto público organizado por la Asociación profesional de Estudiantes de Medicina, diése a conocer sus puntos de vista sobre la reforma de la enseñanza universitaria. Dicen las crónicas que cuentan los que presenciaron aquel acto, que los aplausos recibidos a lo largo de su discurso y la ovación final difícilmente podían

ser igualadas. De su exposición perfectamente aplicable en muchos aspectos a nuestro medio tomo algunos párrafos que demuestran cómo este hombre de laboratorio conocía íntegramente las fallas de la enseñanza y daba soluciones que no le agradarían a muchos profesores cavernícolas y estudiantes envejecidos.

Refiriéndose a los profesores decía: La situación de los catedráticos es sumamente violenta, puesto que se encuentran entre el ministro que les dicta con ademán autoritario las normas de su conducta, y los estudiantes que analizan cada uno de sus actos. Son un deber entre dos derechos y si aceptan sumisos el que se ejercita desde arriba, repelen airadamente el que se ejerce desde abajo. Este ademán de repulsa que los profesores suelen hacer cuando sus discípulos intentan ejercer el derecho de fiscalización, de la enseñanza que bien pagan y mal reciben, es una reliquia de otras épocas y pronto se esfumará, quedando como un vago recuerdo.

Si preguntásemos, dice más lejos, al 50 % de los profesores por qué permanecen en la cátedra, y nos contestaran sinceramente, nos dirían: unos, que por tener un sueldo seguro que los libre de azarosa inquietud del mañana; otros, que para adquirir consideración y honores sociales, y los más, que para situarse en una plataforma desde la cual sean bien vistos por las gentes. No se satisfacen con exhibir el pergamino de catedrático, sino que además lo explotan como espejuelo para su clientela. Hay profesores que ponen toda su actividad al servicio de la clientela privada y consideran a la cátedra como una carga que transportan desgánadamente. Refiriéndose a los estudiantes dijo: Soy optimista y preveo que en plazo corto, ya que no inmediatamente, el ejemplo de los buenos será seguido por la mayoría. Conscientes todos, no solamente de vuestros derechos, que es lo que hasta ahora habéis manifestado explícitamente, sino también de vuestros deberes, en cuya estimación vais con menos prisa, no formaréis asociaciones profesionales de estudiantes, sino agrupaciones vocacionales de estudiosos. Ahora que conocéis las ventajas de la agrupación para conseguir que vuestra voz se escuche y que la Universidad sea de hecho para vosotros, debe inquietaros la responsabilidad que habéis adquirido. No podéis deteneros en la ruta comenzada, y si os guía en efecto.

un ideal de superación y perfeccionamiento debéis meditar sobre la trascendencia de vuestra conducta. Es buen augurio respecto a la pureza de vuestras intenciones, ese mi-in de asesoramiento, en el que hemos de marcaros el mejor rumbo para la enseñanza de la medicina.

Este cariño de los estudiantes por del Río Hortega, se evidenció también en el 1er. Congreso de Morfología realizado en Córdoba, al que concurrió invitado especialmente con varios de sus discípulos. Además de las brillantes comunicaciones por él presentadas, de sus oportunas y claras intervenciones en las discusiones, la Facultad de Medicina de Córdoba guardará un recuerdo imperecedero del grandioso acto organizado por los estudiantes en el que habló sobre "La emoción estética en la histología".

Pero de su breve estadía en Córdoba nació también el afán por parte de algunos jóvenes histólogos en profundizar sus conocimientos y en aplicar sus técnicas llegando uno de ellos más tarde a trabajar durante una corta temporada en el Laboratorio de Investigaciones histológicas e histopatológicas.

Al laboratorio concurrieron histólogos de otros países sudamericanos. En Uruguay, Paraguay, Bolivia, Chile y Brasil hay estudiosos entusiasmados con las corrientes histológicas y técnicas del maestro y son en la hora actual los que tienen la responsabilidad de continuar su obra.

Sus famosos descubrimientos sobre el origen y significado de la microglia y de la oligodendroglia, realizados en España, que serán explicados por su viejo discípulo Jiménez de Asúa, abrieron caminos en la neurohistología normal y patológica y fueron motivo de importantes estudios realizados en el Laboratorio que dirigió en nuestro país.

La existencia de células neuróglícas en el tejido nervioso de los órganos centrales del sistema, definitivamente estudiadas por Cajal y Río Hortega, planteaban la hipótesis de su presencia en el sistema nervioso periférico. Ya en su exhaustiva monografía sobre la oligodendroglia que dedicara a este gran español que es Avelino Gutiérrez, que tanto ha hecho por el acercamiento cultural hispano-argentino, y por la educación de varias de nuestras generaciones médicas, estableció del Río Hortega la relación entre el oligodendrocito central que envuelve a los cilindro-ejes y la célula de Schwann que rodea a la mielina periaxónica de los nervios periféricos. Este concepto lo dió como definitivamente aceptado en el relato que sobre neuroglia hiciera en la Sociedad de Anatomía Normal y Patológica de Buenos Aires.

Con la colaboración del doctor Prado y la mía, estudió la categoría de las células que en los ganglios simpáticos y sensitivos rodean a las células nerviosas y a sus prolongaciones dentríticas y axónicas, llegando por intermedio de una variante de su método argentino a la conclusión de que corresponden a células de estirpe neuróglíca y posiblemente oligodéndrica

Todos sabemos de las dificultades existentes, no ya en el conocimiento de la etiología de los tumores, sino en su clasificación, pero esta dificultad se agranda cuando se trata de los blastomas nerviosos. Es que así como el tejido nervioso normal necesita para su total conocimiento largos años de labor y el descubrimiento y aplicación de técnicas colorimétricas totalmente diferentes a las empleadas en los demás tejidos, así también en el estudio de los tumores nerviosos fué necesaria la aplicación del método del carbonato argéntico de Río Hortega para poderlos diferenciar y clasificar con un criterio citogenético. Sus dos monografías publicadas en España son las más acabada expresión de claridad doctrinaria y de exactitud interpretativa y sólo el desconocimiento imperdonable que de la ciencia histológica española se tiene en otros países y especialmente en los de habla inglesa explican la aparición de trabajos muy inferiores sobre este tema, algunos de los cuales son sin embargo la guía histológica de los neurocirujanos, neurólogos y estudiantes.

En nuestro país continuó sus investigaciones sobre algunos tópicos confusos o sobre otros en los que creyó necesarias algunas rectificaciones de sus conceptos anteriores. Publicó así diversos estudios magníficamente documentados sobre la neuroblastomas, oligodendrogliomas, neurinomas, neurofibromas y meningoexoteliomas. Salvo algunos puntos, creemos que dejó definitivamente aclarados —dentro de lo relativo de las cosas definitivas— el capítulo de los blastomas del sistema nervioso central periférico. El primer congreso sud-americano de Neurocirugía adoptó por aclamación su clasificación, la cual es por otra parte la que conocen nuestros estudiantes y siguen los histopatólogos, neurólogos y neurocirujanos argentinos.

Tenía en preparación un atlas sobre este tema, basado en varios miles de preparados, histológicos. Con el amigo Prado nos hemos comprometido a publicarlo como su obra póstuma, poniendo en ello todo el cariño y la devoción que el gran maestro se merece.

Si muy grande es el mérito de Río Hortega por sus investigaciones histológicas e histopatológicas, no sólo del tejido nervioso sino de todos los otros que constituyen el organismo humano, también lo es por el descubrimiento de una técnica de coloración, que con sus múltiples variantes, muchas de ellas realizadas en nuestro país, permiten la visualización de casi todos los componentes celulares y estructuras histioides. Esta técnica conocida con el nombre de impregnación argentina al carbonato de plata amoniacal de Río Hortega es de un valor inapreciable en histología moderna y su empleo será fuente inagotable de hallazgos y nuevas interpretaciones. Sólo un espíritu de rutina y de comodidad por parte de muchos histólogos e histopatólogos son los causantes de su poco uso.

Es innegable que en un laboratorio histológico el trabajo común y ordinario estará a cargo de personal idóneo, que cuando es inteligente y hábil cumple perfectamente, bajo la supervisión del histopatólogo, la misión que le corresponde, pero es imprescindible reconocer que en infinidad de casos, especialmente cuando se desea afinar un diagnóstico o realizar estudios de investigación, son necesarias técnicas que sólo las puede y las debe efectuar personalmente el histólogo o el histopatólogo. No es posible conformarse en estos casos con el examen microscópico de una bandeja de preparados, coloreados la mayoría de las veces exclusivamente con hematexilina-eosina. El microscopista que investiga la estructura de un órgano, la morfología textual, la citomorfología o la fisiología celular deberá efectuar personalmente todos los tiempos técnicos para poder tener así absoluta seguridad en la veracidad de los resultados obtenidos. Quien publica trabajos científicos histológicos que pretende sean de algún valor deberá, cuando emplee las técnicas de Río Hortega, realizarlas personalmente y en cada corte sabrá encontrar hechos nuevos y posibilidades.

En los Archivos de Histología Normal y Patológica inició Don Pío la publicación de una revisión de sus técnicas con las numerosas variantes ensayadas en nuestro país y con la microfotografía correspondiente que permiten apreciar sus extraordinarios resultados.

En algunos laboratorios de Buenos Aires y del interior de la



República, los histólogos que no sub-estiman el trabajo manual, sino que lo consideran el complemento indispensable de su conocimiento, realizan investigaciones con el método del carbonato de plata amoniacal. Sus resultados se verán seguramente dentro de poco tiempo.

La influencia de del Río Hortega en nuestros medios histológicos será valorada cuando sus jóvenes discípulos comiencen a producir siguiendo su método de trabajo, sus normas de conducta y sus enseñanzas. Enseñanzas que repartió toda la vida, que nos las dió en el laboratorio, en la vida diaria, y desde su lecho de enfermo. Recuerdo que una tarde, al ir a visitarle al sanatorio, poco tiempo antes de morir, hablé como al pasar de la amnistía decretada por el gobierno español. Con una mirada muy triste me respondió: "no creo en esa amnistía y no la podía aceptar por mis convicciones y porque hay mucha gente que cree en mí." Fué su última lección, una lección de dignidad.

Quieran las fuerzas morales de todo el mundo, que nunca jamás tenga que morir en tierra extraña el que cree y lucha por la libertad.

#### MOISES POLAK

Conferencia pronunciada en el Colegio Libre de Estudios Superiores, en el acto de homenaje a Pío del Río Hortega, el 12 de Julio de 1945.